

La biografía de Virginia

La traductora, Marta Pessarrodona, es una experta en la época, en la obra y en la sensibilidad especial (en el universo) de Virginia Woolf. El biógrafo es Quentin Bell, excepcionalmente cercano al personaje, sobrino de Virginia, hijo de la pintora Vanessa Bell y autor de un ensayo sobre el grupo de Bloomsbury, verdadero caldo de cultivo antivictoriano, escuela de sutilezas, vanguardias y audacias humanas donde Virginia, junto con Roger Fry, Lytton Strachey, Harold Nicholson, Vita Sackville y otros amigos, efectuó su aprendizaje artístico amenazado siempre por la sombra de la locura, por el rostro infinitamente angustiado de la muerte.

Quentin Bell escribe, pues, un verdadero documento del cual ahora aparece en España el primer tomo (1): la vida de Virginia Stephen desde su nacimiento (1882) en el seno de una familia impecable dominada por la presencia del padre, sir Leslie Stephen, director del Dictionary of National Biography. Estamos en 1882, en el 22 de Hyde Park Gate, Kensington, y vemos ya los primeros años y fantasmas de Virginia, a los hermanos, Vanessa y Thoby, el apuesto muchacho lleno de talento que morirá tan joven, el fermento familiar que condicionará la sensibilidad de la futura autora de Orlando.

Quentin Bell recibió la invitación de Leonard Woolf para escribir esta biografía fundamental de Virginia. El autor tuvo, pues, acceso a todos los documentos y diarios inéditos de la escritora. El resultado de este primer volumen es un testimonio extraordinariamente sólido, que tiene como eje el estudio de la familia Stephen, verdadero análisis social y psicológico de la Inglaterra de entonces: Inglaterra me hizo así. Entre un padre especial, un verdadero caballero de las letras, vemos a Virginia adolescente dialogando nada menos que con Henry James, señor distante y ejemplar; la presencia de las enfermedades infantiles, la madre, los viajes, los

largos veranos junto al mar, la preparación del hermano varón para ingresar en Cambridge, el recinto sagrado donde las mujeres no pueden entrar, aunque una de estas muchachas en flor sea la hija de sir Leslie; el conocimiento de la primera soledad, la enorme biblioteca familiar que Virginia va devorando, sometida ya a la tensión creadora a lo largo de constantes ejercicios de lecturas y composición, vocación literaria precoz, obsesión por el latín y el griego, aquellos pájaros de su primera locura que cantan en griego, el sexo conflictivo, las amistades y, por fin, tras la muerte de un padre al final tiránico, la huida y el nacimiento escandaloso de Bloomsbury, los primeros trastornos psíquicos atenuados por los primeros síntomas del amor (Leonard) y por el



Virginia Woolf.

descubrimiento de la misión salvadora: escribir el mundo, dominar poco a poco el arte de una escritura que después resultará revolucionaria en el contexto de la novela inglesa.

En 1912, Virginia Woolf adopta la decisión más inteligente de su vida: la boda con Leonard. Desde este punto hasta el día de su muerte tratará el segundo volumen de Quentin Bell, cuya lectura será un placer para los seguidores y amantes de Virginia. ■ JULIO M. DE LA ROSA.

Madrid no era una fiesta

¿Qué hizo a tanta gente foránea acudir en defensa de la Re-

pública española ante el levantamiento fascista? Las motivaciones generales e individuales se imbrican, casi indistinguiblemente, en cada uno de los voluntarios que sintieron que su puesto estaba aquí, en el que sería el primero de la larga saga de combates entre la libertad y el totalitarismo. Lo evidente es que buena parte de estos extranjeros provenían de la intelectualidad, y para algunos de entre ellos la guerra civil española fue elemento decisivo en su obra y postura vital. La colección "Luchar por España" (1) pretende mostrar las biografías de esos intelectuales.

El caso de Ernest Hemingway es sintomático. Su figura humana y su novelística han sido, son y serán abordadas desde todos los puntos de vista, pero en cada ocasión resulta palpable que no se puede separar al hombre y al escritor: riquezas y debilidades de uno explican las del otro.

Eric Nepomuceno ha huido, en su "Hemingway: Madrid no era una fiesta", de los acercamientos apriorísticos al personaje. En general, ha optado por escribir "hemingwayanamente" esta biografía. Ha decidido contar los hechos, narrar lo que se ve, a fin de sugerirnos que acaso sea lícito mirar, después, debajo.

A lo largo de estas páginas recorreremos una vez más las andanzas, tan apasionadas, del Hemingway que va madurando y envejeciendo en guerras, ciudades, cacerías, pesca, sanfermines y, siempre, literatura. París y España, resalta Nepomuceno, serán hitos a los que Hemingway se verá forzado una y otra vez, llevado por la memoria y el deseo, a volver.

Muchas voces han pretendido explicar qué hacía Hemingway en nuestra guerra, por qué apareció un buen día por aquí, por qué se quedó, por qué hizo lo que hizo, por qué —en plena "pax" franquista— retornó a este país. Nepomuceno parte de la base de que, en efecto, Ernest era un luchador. Un luchador cuya obsesión era "contar la verdad". En consecuencia, el Hemingway que Nepomuceno nos propone es un antifascista espontáneo, un indi-

vidualista irreductible, un hombre invadido por los "valores aislados" (honestidad, honra, lealtad...), un apasionado de la fiesta de los toros para quien la realidad política era en gran medida secundaria, un americano que, sin embargo, supo ver que el fascismo era la muerte y que no se puede estar, si se quiere vivir y desentrañar el sentido de lo que sea estar vivo, al lado de la muerte. Vino a buscar la aventura de la guerra; pero también supo colaborar en "Tierra de España", apoyar económicamente la lucha del pueblo español. Discretamente regresó en 1953, estuvo en Pamplona, venía tal vez a no dar por perdida la memoria de su juventud. En 1960 hace su último viaje a nuestro país; es un viajero desconfiado, viejo; llega a definir las corridas como "un negocio corrompido y sin importancia".

Hemingway, fue dicho en alguna ocasión, es alguien que hace el papel de Hemingway. ¿Quién es en realidad el verdadero Ernest Hemingway? Probablemente, todos y ninguno. El dilemante, el fracasado, el gran escritor, el aprendiz de espectador de toros, el borracho, el periodista, el impotente, el enamorado. El que habló de sí cuando parecía no querer hablar. El que callaba en realidad cuando dijo estar diciendo quién era. El siempre imprescindible en nuestras vidas de lectores. El hombre que, a su modo, luchó por España. ■ MIGUEL BAYON.

"Capela", extramuros

En Pozuelo de Alarcón (Madrid), Bernardo Victor Carande ha presentado recientemente su revista Capela. Boletín personal, escrito todo por él, es el periódico de "un hombre que vive en el campo", porque Carande es un agricultor que escribe. Vive en "Capela", finca de Almendral (Badajoz), tan presente en sus novelas: Suroeste y Don Manuel o la agricultura.

Apadrinaron el acto (por orden alfabético) Justino de Azcárate, Antonio Buero Vallejo, Ramón Carande, Julio Caro Baroja, Antonio Llopis, Pedro Sainz Rodríguez y Daniel Zarza.

En aquella "tarde maravillosa del cuaternario", el ahijado pro-

(1) Quentin Bell: Virginia Woolf. Volumen I. Virginia Stephen. 1882 a 1912. Editorial Lumen. Barcelona, 1979.

(1) Editorial Altalena. Madrid. En esta colección ha aparecido un interesante "Koesler: Del infinito al cero", de Andrew Graham-Yoll.

nunció un parlamento para glorificar la revista que "sale de milagro" y las personalidades protectoras. Su extensión nos impide publicarlo íntegro, pero transcribo algunos, pocos, párrafos:

"El prolongado hábito de la soledad campesina me hace hablar demasiado en voz alta (...) La condición de hijo de papá no es fácil, pero también tiene sus ventajas. E indudable, y genéticamente no sería posible un mundo sin papás. Todos hemos sido hijos de alguien, incluso ellos (...); por esa privilegiada condición de hijo de papá trepé por las piernas de Flores de Lemus, Mercedes Galbrois me llevó al teatro y Antonio Ballesteros al circo; Blas Ramos, en París, a ver 'El acorazado Potemkin', y José Gallego Díaz quiso un día que fuese matemático (...). De niño, un día supe que un poeta, antes de saber lo que era un poeta, podía escribir sus versos en la camilla, con sus hijos sentados sobre él. Aquel poeta era un amigo de mi padre, Pedro Salinas. De niño aún recuerdo a otro poeta, en la misma ciudad, cuando la convulsión siguiente, despidiéndose: Jorge Guillén al salir de Sevilla hacia el exilio (...). A Justino lo conocí antes de nacer, que entre los Azcárate y los Carande ha habido siempre, como decía El Gallo con su casa y la de Alba, mucha relación; a Antonio Buero, gracias a mi tío Cludio de la Torre; a Julio Caro Baroja, que presume de viejo, lo conozco desde Julito; en fin, a Pedro Sainz Rodríguez le he llevado más de un libro a la frontera. Que conste que nos citábamos a la hora de comer. Los años dorados de la posada de Elvas. Y de Ramón Carande empecé ya a oír al tiempo de llamarle papá. He podido así conocer primero la humanidad de todos ellos, antes que su sabiduría, y después de reconocida ésta, vuelvo a su humanidad. Esa que les tiene con nosotros hoy: Azcárate y Sainz Rodríguez, de vuelta del exilio, uno de izquierdas y otro de derechas; Buero, de regreso del más impensable viaje, si no fuésemos españoles, que va desde la celda de la muerte a la consagración de su primavera dramática, sin salir de Madrid; Julio Caro Baroja, habitante contumaz del exilio interior (lo que mi amigo Aquilino Duque llama endillio), y... Ramón Carande". ■ V. M. R.

Africa está cerca

... Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Y mediatizado su conocimiento por el filtro de las grandes agencias y los medios de comunicación occidentales. Ese

continente del que escribió Frantz Fanon que tenía "forma de revólver con el gatillo en el Congo", vive hoy sin duda una etapa histórica. Pueblos enteros tratan de sacudir el yugo del colonialismo que no cesa y buscan ansiosamente —de forma

turbulenta, porque no puede ser de otro modo, la mayoría de las veces— su propia identidad. Proceso múltiple, de una complejidad que nos desorienta, continuamente dificultado por la vergonzosa rapacidad de las grandes potencias, para las que

ADIOS A LAS LETRAS



Eduardo Ballester.



Ricardo de la Cierva.

Abolido difundir

El nuevo Ministerio de Cultura, donde un andaluz se sienta en el que era sillón hollado por gallego, ha abolido varias cosas. Entre otras, abolió a Ricardo de la Cierva, que, a cambio, recibió un autogiro para marcharse de catedrático a Granada. Mejor ser catedrático en Granada que murciano en Madrid, habrá dicho el ilustre historiador fasciclar, el hombre que a lo largo de mi carrera profesional más ha sonado para los cargos más diversos. Antes, cada vez que se citaba a Ricardo de la Cierva para un cargo se mutaba el Universo. Ahora, ya el Universo se va acostumbrando a que eso sea solamente un falso rumor.

Pero una cosa que abolió Clavero Arévalo no fue de mi agrado. El ministro de Cultura, en efecto, hizo desaparecer de las Direcciones Generales aquella que en el momento presente de este país podía desarrollar un papel más primordial. Me refiero a la Dirección General de Difusión Cultural, que ha ejercido, en el breve pasado que ha tenido, una notoria influencia en la difusión de hechos culturales que de otra manera se hubieran mantenido en el charco pegajoso del elitismo. En su última etapa, la mencionada Dirección General puso en marcha el nuevo período de Estafeta Literaria, con un entusiasmo que fue bien entendido por los lectores, que aumentaron de manera impensable el nivel de ventas de una publicación que antes agonizaba. Ese fue sólo uno de los hechos que avalaron la gestión de ese departamento de la Administración cultural. Lo cito porque fue precisamente cuando se presentó la nueva época de Estafeta cuando conocimos al responsable de la Dirección General ahora abolida. Esta sección se hizo eco del acto y de la anécdota: Eduardo Ballester consiguió sentar a su alrededor a la muestra más diversa de la reconciliable intelectualidad literaria de España. Mientras los literatos le esperaban, este valenciano largo y jocundo cargaba cajas con la revista y las subía sobre su hombro hasta la zona noble del Palacio de Congresos.

La difusión de la cultura había que hacerla lleván-

dola a hombros. Habrá que seguir haciéndola. ¿Cómo? Ahora falta el instrumento, la mecánica que había sido arbitrada para que las actividades de los distintos organismos del Ministerio de Cultura no permanecieran en los cartapacios del ministro y de sus compañeros de departamento. Un día nos levantaremos y veremos que tampoco existe el Ministerio de Cultura.

Este país funciona por reflejos. Evidentemente, el Ministerio de Cultura trae la memoria antigua de los procesos que la cultura ha sufrido —y sufre, muy gravemente— en este país. Y se pide, en honor de ese recuerdo, que se cercene de raíz ese dichoso departamento. ¿Y después qué? No se puede negar que un arbitrio racional de los dineros de la cultura, realizado desde la Administración, resultaría una palanca esencial para que este país eleve su nivel cultural, elemento que redundaría luego en la normalización de la convivencia y en la aparición de una tolerancia que sigue oculta.

Los conservadores británicos —que al ser británicos y conservadores son doblemente conservadores— nos han dado una lección histórica en la que los periódicos no se han fijado: en Gran Bretaña existía un departamento de las Artes, el equivalente a nuestro Ministerio de Cultura, que no tenía rango de Ministerio representado en el Gabinete. Los torpes han promocionado ese departamento y ahora está en manos de uno de los líderes conservadores, un hombre de la confianza de la dama de hierro. La responsabilidad del anterior departamento, como canalizador del dinero del Estado para todas las manifestaciones artísticas, convirtieron al Reino Unido en un paraíso para grupos aficionados, para compañías profesionales, para escritores, artistas plásticos, etcétera. La difusión cultural funcionaba a tope, aunque a veces la inflación hacía disminuir el generoso chorro. En España han eliminado una de las salidas, la más capaz, de ese chorro dinerario para las artes. Dios ampare a las artes y a las letras en un país como el nuestro. ■ SILVESTRE CODAC.